

Para ti, mujer...

TAMBIÉN a ti se te ha reservado una página en nuestra Revista; también a ti, mujer, manchega, a quien inmortalizara las páginas del «Quijote», se te abre paso entre estas columnas; llegas a ellas feliz y allí te colocas. ¡Pobre mujer! ¿Serás una vez más el blanco de los juicios y opiniones de los que no tienen más opinión de ti que su propio criterio?... No. Tú eres algo nuestro: nuestra madre, nuestra esposa, nuestra hija, nuestra hermana, y al traerte aquí, sólo queremos realzar tus virtudes para que, contemplándolas una a una, te sientas orgullosa de ser mujer; recordarte tu misión para que, enamorándote de ella, la cumplas, y, por último, descorder ese velo que cubre tus defectos y hacértelos ver, ya que quien ve y reconoce sus faltas está en camino de enmendarse.

Te veo niña, con ese candor de los pocos años. Todo en el mundo sorte para ti; todo lo amas, porque todo lo crees bueno; eres feliz. Divino capullo que se abre en el jardín del mundo, quisiera arrancarte y esconderte en mi corazón.

No has hecho nada más que abrir tus pétalos, y ya con los ojos de la imaginación y del tiempo te veo hecha una flor que, orgullosa, vas dejando que el viento de la vida arrebatte tu perfume. También ahora eres feliz. Dios te ha dotado de una gran belleza, que atrae todas las miradas... has llegado a alcanzar una vida esplendorosa. ¿qué harás?... De nuevo siento deseos de cortarte, al ver que las espinas brotan punzantes a tu alrededor. ¡Cómo me admiro viendo que tu corola se abre más y más, impetuable ante el sacrificio!... Tu dicha consiste en dar a los demás, no un poco, sino todo lo que eres: tu sacrificio, tu abnegación, tu amor; todo, menos tu conciencia, porque ésta, lo mismo que el alma, pertenece a Dios. El dolor que exhalas no es más que el amor de que está impregnado tu ser todo; tan penetrante que, después de extenderse por la tierra, es capaz de llegar hasta el mismo cielo.

«La mujer compuso el poema del amor»; es verdad, y en sus estrofas fué dejando, entre risas y lágrimas, su vida entera, como esa flor que, ya en su ocaso, deja caer una a una sus hojas; el viento loco del vivir se las va llevando sin saber, tal vez, que en cada pétalo va un poco de aquella belleza y aquella vida que no vaciló en llegar hasta el sacrificio por cumplir su misión de amor.

Días después... (¿qué son los años cuando ya pasaron?) sólo vemos allí, rodeado de espinas, el cáliz, rebosante de recuerdos, símbolo de la vejez. Nadie, al contemplarte, pensará que fuiste capullo y flor de las más bellas del jardín del mundo; no trates de hacérselo creer a todas las que ahora se abren a la vida; la juventud vive de ilusiones (el sueño de los despiertos, como alguien les llamó), y tú ha mucho que te despertaste... No les digas nada, ya que tu misión la cumpliste, aliméntate de tus recuerdos y... ¡espera la llamada de Dios!

¡Divina mujer!... Ante ti me inclino, cierro los ojos y mi alma aprende la lección de tu vida.

Marispe.